

se casaba su hermanita, la Rosita, y pudo hacer que el camión los pasase a buscar antes, para que él pudiera llegar. Era todo un acontecimiento". Siempre se hablaba de un casamiento en el que se tirarían la casa por la ventana.

Pasó un mes y días dedicados a preparativos, hubo poco tiempo, pero las familias jugaron un gran papel, colaborando con todo lo necesario para llevar a cabo el festejo. Con un bebé en camino, se casaron con el calor de febrero como principal protagonista.

"Teníamos ganas de casarnos, pero eran un plan a futuro. Estaba embarazada y teníamos que casarnos lo antes posible. Yo trabajaba en una casa de familia, él en un taller mecánico. No estaban dadas las posibilidades de un casamiento como los de las películas. Pero cuando llegó el momento nos arreglamos igual. Compramos muebles usados, la familia regalaba lo que hacía falta. Me acuerdo que mi madre me regaló el fuentón con la tabla de lavar. Así armamos la casa. En ese momento había mucho crédito. Se ganaba poco, pero era más accesible un crédito. Así, al poquito tiempo ya teníamos la heladera y después el lavarropa".

Néstor fue el único de los cuatro hermanos varones que después de casarse no fue a vivir a la casa de sus padres. Alquilaron un caserón viejo y con muebles usados

I EL COMIENZO DE TODO

"¡Mami, te estoy diciendo que Miguel no está!"

Guillermo se había ausentado la noche anterior sin avisar a su madre. La catarata de reproches acumulados de Rosa, sólo se detuvo ante el grito desesperado de su hijo.

Hacía tres días que su primogénito mayor no daba señales de ningún tipo y Rosa estaba furiosa porque era la primera vez que no pedía un teléfono prestado para llevarle calma con un clásico: "Mami estoy bien".

El 17 de agosto de 1993, la Policía Bonaerense secuestró, torturó y desapareció a Miguel Bru de 23 años, estudiante de Periodismo, el mayor de cinco hermanos, el hijo de Rosa y Néstor. 20 años después, su familia y amigos lo siguen buscando.

Rosa Schonfeld tenía 14 años cuando conoció a Néstor Bru, un año mayor que ella, en Pigüé, un pueblo ubicado al sudoeste de la Provincia de Buenos Aires. Un lugar en el que las únicas oportunidades de trabajo las brindaban el molino harinero o el arsenal.

Una mañana nublada se iluminaba con el brillo de los

ojos de Rosa y la sonrisa no entraba en su pequeño y agrietado rostro mientras revivía, con puntillosos detalles, esa época: "Yo estudiaba peluquería en la nocturna con una amiga. Siempre lo veía alto, buen mozo. Al lado mío siempre fue más alto. Siempre salíamos a bailar. Una amiga mía me decía que no le lleve el apunte porque era muy mujeriego. Si ella decía que no, era que no. Hasta que el 11 de noviembre del 66, después de un baile - antes se usaba eso, bailábamos toda la noche y después me acompañaba - le pregunté la edad y me dijo que tenía 18. Le digo ah! Pero sos un borrego. A lo que él me respondió: pero tengo pelos en el pecho. Desde ese día empezamos a salir. Tuvimos idas y vueltas, como cualquier pareja".

Era la primera vez que ambos presentaban en sus casas una pareja oficial. Luego de cuatro años de noviazgo, Rosa se enteró de la llegada de Miguel y como toda mujer en ese momento, sintió miedo. Sin embargo, Néstor al instante y sin titubeos, le dijo "¡nos casamos!".

"Yo pensaba en la fiesta, en el viaje y todas esas cosas. Siempre se hablaba del casamiento como algo que se iba a celebrar. Cuando nos comprometimos un 31 de diciembre, era la época de cosecha y a mi hermano lo llevaban a cosechar. Recuerdo que ese día les contó que

armaron su rancho, teniendo como baño un escusado que estaba a metros de la vivienda.

Después del casamiento, en lugar de irse directo al destino elegido para la luna de miel -como cualquier pareja- volvieron al caserón. Recién al otro día se fueron en tren a Bahía Blanca y pasaron un día en Monte Hermoso.

Hasta que el tamaño de la panza lo permitió, Rosa continuó trabajando de empleada doméstica, mientras que Néstor lo hacía en las obras de cloacas y agua corriente que en ese entonces ocupaban las calles de Pigüé.

Un frío 16 de julio de 1970 comenzó con la llegada de su primer hijo. En un Chevrolet 47 Oscar, el cuñado de Rosa, la llevó hasta el hospital.

El trabajo de parto fue normal, hasta que el doctor Cisneros, un jovencito recién recibido, luego de media hora salió al pasillo y le dijo a Néstor que iban tener que hacer cesárea porque el bebé había quedado atascado con el cordón umbilical en la frente.

-Doctor no tengo un mango para pagar la operación- le dijo con la voz entrecortada.

-Quedate tranquilo, que acá no se cobra nada. Andá hasta mi casa y pedile a mi señora la historia clínica de Rosa que está arriba del escritorio, mientras yo la voy preparando. Néstor no sabía cómo hacer esas tres eternas cuadras lo

De tener todas las puertas cerradas, Néstor y Rosa pasaron a tirar una moneda para elegir con cuál oferta se quedaban. Un lado decía La Plata y el otro Bahía. Salió La Plata.

El primero en llegar fue Néstor porque aprovechó el viaje en camión que hacía su amigo Hugo Sosa, que trabajaba transportando vacas a Liniers. No recuerda cómo, pero Hugo lo dejó en Buenos Aires. Apenas pisó La Plata, buscó a su hermano que tenía casa en Berisso. A la semana ya estaba trabajando en la fábrica con él.

En el pueblo habían quedado su mujer y Miguel con tan solo dos años, esperando que encontrara algún lugar para vivir. Lo que pudo conseguir fue una pieza con cocina, detrás de la casa de una gringa, cerca de lo de su hermano.

"Le dije a Rosa que se viniera con Miguel, las cosas y el perro - un perro hermoso, labrador que tuvo que largar después en Berisso porque la dueña de la casa no lo aceptó, dicen que era una gringa mala-. Aproveché que venían unos amigos que iban de Pigüé al mercado central de frutas y verduras, para abastecer el puesto que tenían. Venían vacíos y se iban cargados de mercadería. Entonces ellos me trajeron los pocos muebles que teníamos. Rosa se vino en tren con Miguel. Nosotros acá no conocíamos nada, ni las calles. Iba a laburar en un

más rápido posible. Pasaron veinte minutos desde que le dio los papeles, hasta que salió y le dijo: "¡Es un varón!". Cuando Néstor entró al cuarto para ver a su mujer y a su hijo, se percató de la marca en la frente del cordón umbilical. A ese bebé lo llamaron Néstor Miguel, por sus abuelos. "Fue una experiencia increíble, más en esa época que no había ni la mitad de tecnología que hay ahora" dice Néstor, y sonrío detrás de sus lentes al recordar tan emotivo momento. Bastó que Miguel cumpliera un mes de vida para que Néstor dejara de fumar. Un 17 de agosto compraba el último atado de Jockey Club que fumaría en presencia de su primogénito.

Los primeros pasos de Néstor y Rosa como padres no fueron sencillos. Miguel lloraba mucho y Rosa creía que la solución era alzarlo al instante, por lo que con el tiempo, según ella, se convirtió en un bebé muy mañero. Una madrugada el llanto fue más insistente de lo habitual. Néstor, ya cansado de los caprichos de Miguel y convencido de que era otra de sus mañas, no dejó que Rosa lo alzara. El bebé quedó en el cochecito llorando sin parar hasta que el sueño logró vencerlo, pero al otro día fueron a la guardia porque su malestar permanecía. Finalmente el médico diagnosticó dolor de oídos y eso explicó el llanto persistente de Miguel.

La primera palabra que logró esbozar Miguel fue papá y aprendió a caminar antes del año. Asimilaba todo muy rápido y cree Rosa que fue gracias al estímulo que recibía de sus primos que eran todos más grandes.

Fue el bebé más mimado.

Apenas pasaron los dos años del nacimiento de Miguel, Néstor se quedó sin trabajo. Una vez que la obra de cloacas terminó, echaron a todos los peones.

Si Néstor no trabajaba, la familia no comía. La búsqueda desesperada los llevó hasta el intendente de Pigüé, que era del mismo pueblo que Rosa y la conocía desde bebé. Sin resultados intentaron apelar a ese vínculo para conseguir una fuente de trabajo que les permitiera tan sólo comer. "Cuando entramos al despacho le dijo 'Rosita, yo te tuve en brazos'. Fue muy amable, pero no me dio trabajo, me dijo que tenía una orden del gobierno de la provincia de echar a 40 personas, así que no podía tomar gente. Después mi viejo tenía un amigo al que lo habían trasladado a Punta Alta, a la parte de caballeriza. Me dijo 'si vas mañana, en 24 horas te hago entrar'. También había salido acá en La Plata algo, porque mi hermano el mayor se vino y había entrado a trabajar en "Kaiser aluminios".

micro que ponía la empresa. Viajaba de Berisso a la fábrica y de la fábrica a Berisso".

Corría el año 1972 y mientras la joven familia se amoldaba a la nueva ciudad, en las calles el gas lacrimógeno era el principal protagonista. En la pequeña casilla, Miguel disfrutaba de las canciones de Palito Ortega. Intentaba emular al cantante del momento, sus pequeños pies daban errados pasos de baile y su voz de bebé invadía todo el lugar, todos los días.

Pasaron dos años hasta que Rosa volvió a quedar embarazada, otro varón estaba en camino, otra boca para alimentar. Se mudaron a una casilla en 61, lejos de la Gringa mala. Las cosas no eran fáciles, no todo era color de rosa en el nuevo hogar. Cuando nació Guillermo, Néstor continuaba su labor en Kaiser.

"En ese momento vuelve Perón y yo no tengo mejor idea que meterme de delegado en la Kaiser, entonces cuando muere Perón, se pudre todo y a muchos nos dijeron: 'te pagamos como si te echáramos. Si te vas, una indemnización'. Lo charlé con Rosa y me fui. Así que en ese tiempo yo venía a casa a dormir tres horas o cuatro. No tenía el espacio para dedicarme a los chicos: salía de casa a las cuatro y cuarto de la mañana y volvía a la noche. Había que hacerlo porque un sueldo era para el alquiler

II MIGA

"¡Miga, se van a salir!", gritaba Diana cada vez que Miguel quería abrir sus jaulas.

Diana siempre se sintió amante de los animales. En el patio de atrás de la casa de 61 entre 122 y 123 tenía de todas las clases, y era ella la que se encargaba de cuidarlos. Un día, hace más de una década atrás, llegó y su jaula de pajaritos estaba abierta. Pensó en Miguel, él siempre quiso que no estuviesen encerrados. Tiempo después, los encontró tirados y supo que su hermano mayor otra vez había abierto el candado.

Un jueves caluroso de septiembre, Diana nos recibe con un mate recién preparado y muchos perros alrededor. Detrás de la barra de la cocina, también nos saluda Rosa, quien se sumó a la charla y agregó con interrupciones algunas anécdotas.

Mientras Diana acariciaba un pequeño cachorro, contaba que se lo acababan de regalar y que con éste, ya sumaban siete.

Sus manos tiemblan desde el principio, y unas pequeñas manchas rojas asoman por el cuello de una remera negra

y el otro para comer, entonces no había otra opción. Los domingos o cuando tenía franco sí los disfrutaba porque los llevaba a la plaza o íbamos al bosque; durante la semana prácticamente no los veía".

Con la llegada de Diana, la tercera, Rosa estuvo mucho tiempo internada por una trombosis. Con Guillermo, Miguel no había sentido celos, más bien todo lo contrario, estaba feliz porque iba a tener un hermanito para cuidar. En cambio, con la nueva bebé sí sufrió los celos, que según Rosa son comunes en los mayores.

En menos de un año, volvieron a recibir la noticia de un nuevo embarazo. Fue en el momento del parto en el que se enteraron que eran mellizas. El estado de salud de Rosa era delicado, las secuelas de la trombosis todavía eran evidentes y los cuidados debían ser extremos. Su madre vino para ayudarla, pero como era una señora mayor no pudo quedarse mucho tiempo y tuvo que volver a su pueblo.

"En casa tenía tres chicos esperando, no podía seguir internada. En ese momento las vecinas jugaron un rol importante. Una era partera y me ayudaba para que yo no me moviera tanto. Miguel en ese momento era el que se ocupaba del hermano, de ordenar la casa, de hacer los mandados. Maduró un montón en esa etapa. Él tenía

siete años. Me hacían los análisis y en la florería Falmini, en Berisso, nos prestaban el teléfono para hablar con el médico y leérselos. Y Miguel iba, hablaba y anotaba todo. Cuando iba a hacer los mandados, el verdulero me decía que Miguel le controlaba los números, la cuenta, y el carnicero también me decía 'me mira la balanza'. Era muy despierto".

Rosa y Néstor tuvieron cinco hijos: Miguel, Guillermo, Diana, Silvina y Paola. Rosa los crió sola. Néstor trabajaba 16 horas y sin ese dinero, la familia no comía.

Hace 20 años hay una pregunta que se cuele en sus sueños, en sus horas despiertas, que está presente todo el tiempo, en todas las horas: ¿Dónde está su primogénito, su hermano Miga, el mayor? ¿Dónde está Miguel? Los responsables de dar esa respuesta no hablan, algunos se han llevado el silencio a la tumba. Nosotras intentaremos responder quién es ese joven al que, una noche helada de agosto, el nefasto accionar del aparato represivo del Estado le arrancó la posibilidad de vivir.

algo gastada. Apoya sobre la mesa una foto de Miguel que había estado buscando para mostrarnos, y su voz gruesa parece quebrarse cuando recuerda el momento retratado por el flash. "Ese día estábamos comiendo acá en casa. Miguel estaba sentado en la punta de la mesa mientras lo cargábamos diciendo que se iba a quedar pelado como papá. Por eso en la foto su mirada, acompañada por una sonrisa, está puesta en mí".

Una pintura de la cara de Miguel, hecha a mano por un vecino, es testigo una vez más de la charla entre nosotras y su familia. Diana advierte que muchas veces nuestros ojos se posan detrás de ella, en esa pared de donde cuelga el retrato de su hermano. Nos sonrío como entendiendo nuestro sentir y sigue hablando: "Una vez tenía una canaria, y era tan mansita que la soltaba; también teníamos dos gatas blancas. Miguel estudiaba de noche en el living, y aprovechaba para abrirle la jaula. Un día, eran como las dos de la mañana y escuché que Miga gritó: '¡Misha!' Me levanté y la gata había cazado al pajarito".

El sol de la mañana entra por la ventana mientras Diana nos señala aquel rincón, en el fondo, donde cuando era chica tenía sus animales, esos mismos que tiempo después la ayudaron a ahogar su tristeza.

"Siento que Miga estaría contento con lo que soy hoy.

sólo espectadores en aquella función de películas de trasnoche que los dos compartían. "Siempre, por más que no vivía acá, estaba con nosotras".

La memoria de Diana se hace un nudo a medida que va recordando. Al ser la mayor de las tres hermanas, es quien conserva más recuerdos de su hermano. Llevarlas a caballito, pasear por el bosque y acudir a los corsos del barrio eran costumbre no sólo entre Diana y Miguel, sino también con las mellizas, que no faltaban a ninguna cita. Sin embargo, la picardía del hermano mayor también estaba presente. Diana sonrío como si una pila de imágenes pasaran en frente suyo, mientras ceba de la pava que contiene el agua recién calentada.

"Cuando éramos chicos mi viejo no estaba en todo el día, mi mamá al principio sí, pero después tuvo que salir a trabajar también. Me acuerdo que mamá nos había dicho que si teníamos perros, la mugre que hacían nos correspondía, así que Miguel nos hacía limpiar la casa y cuando terminábamos, se daba vuelta para que le rasquemos la espalda".

La casa de la infancia de Miguel está ubicada a pocos metros del Paseo del Bosque, en la ciudad de La Plata, razón por la cual Diana no puede evitar recordar las calurosas noches de enero en las que su hermano mayor

Allá en el campo, en Magdalena tengo la misma cantidad de animales que tenía de chica y aún más; pero todo suelto, nada atado ni enjaulado. Él estaría feliz con esa libertad".

Las lágrimas aún contenidas en sus ojos comienzan a correr por su piel seca y enrojecida, mientras dice: "Era muy loco en su forma de ser, muy solidario, era libre. La libertad era todo para él, en todo sentido, tanto en él como en el resto".

La casa de 61 entre 122 y 123, fue fiel testigo de aquellos años en los que la plata no sobraba. Precaria, con algunos vestigios de aquellos muebles traídos en camiones desde Pigüé y las ventanas aún sin colocar, resguardaba el amor de una familia que se esforzaba día a día para salir adelante. El comedor, adornado por una mesa de madera y algunas sillas, servía no sólo de escenario para ver en unas pequeñas 24 pulgadas algún que otro recital de rock sino que también ha sabido escuchar entre sus paredes largas charlas entre amigos.

Esa casa había quedado pegada a la vida de Miguel, era donde siempre volvía a pesar de tener la 'casa del pueblo' que compartía con el Chino y Quique; era aquella donde aún su cuarto estaba armado y sus jeans rotos acomodados en el ropero.

Ahora Diana se acomoda en su silla, nos mira y vuelve a tragar aquel sorbo de mate ya frío, sin poder descifrar la fecha exacta en que su hermano se fue a 'vivir' con sus amigos. Las idas y vueltas eran protagonistas. "Cuando se fue a vivir a La Plata no se notó tanto porque de chico que se fue yendo. No me acuerdo de decir 'bueno, se mudó'. Además su personalidad no cambió, siempre venía y era igual".

Rosa interrumpe a su hija para recordar que, como toda madre, para ella fue terrible que Miguel se fuera de la casa. A pesar de que siempre volvía y que hasta ahí todo era bastante natural, como de costumbre, el golpe fue cuando se llevó la cama. Ahí para Rosa fue el verdadero 'despegue', el hecho de que se había llevado la cama significaba que se había ido. "Según el padre, no podía tenerlo toda la vida debajo de mis polleras".

Diana sonríe, y entre constantes miradas hacia su madre parece sentir la brisa que entraba por la ventana en aquellas noches de verano en las que Miguel llegaba en su bicicleta, y luego de estacionarla en la puerta como todo un profesional, cruzaba el umbral para acostarse sobre una pequeña cobija con su hermana.

El piso aún de madera y la tele puesta en un rincón, eran

las llevaba en malla a la pileta que estaba ubicada frente a las grutas. Aquellos laberintos de cemento que semejan a cuevas intercomunicadas entre sí, eran el lugar para que la imaginación y la aventura fueran los principales protagonistas.

Colgarse de las palmeras que enmarcaban el lago que atraviesa el corazón del Bosque, era sinónimo de diversión para aquellas nenas que no temían a nada porque él estaba ahí. "Miga nos llevaba a todos lados, y como desde chico andaba en la calle, sabía manejarse muy bien".

La primera vez que fueron a la Rural de Palermo las llevó Miguel. También quiso llevarlas a la Boca pero se hacía tarde y andaban en tren. Ese día, Rosa le había dado plata a su hijo mayor para que llevara a tomar un helado a sus hermanas pero él quería que conocieran el tren; sin consultar, compró los boletos y las llevó a dar un paseo que jamás olvidarían.

La sonrisa de Diana se dibuja en ese rostro marcado por el dolor de haber perdido a su Miga. Sus ojos parecen volverse de cristal cuando recuerda cada aventura con quien era uno de los pilares fundamentales en su vida. Sus manos, aún temblando por sufrir al recordar, se esconden debajo de la mesa donde además se encuentra apoyada una foto de Miguel.

Diana todavía la tiene en su casa de Magdalena y este año cumple veintiuno porque nació el 4 de octubre de 1992. "Tiene una potranca, está más vieja, más panzona pero está".

Cuando habla de India parece hablar de aquello que quedó entre Miguel y ella, de todo lo que aún queda por decir. Se aferra como lo último que permanece entre ambos, como algo intacto, algo que nunca morirá.

"Aquel era más pillo, más abierto que yo". Así describe Guillermo a su hermano mayor.

Apenas habían pasado las once de la mañana cuando sonó el timbre. Mientras subía las escaleras, intentaba recordar si había trabado correctamente el candado de su bicicleta. Permaneció risueño, aunque tímido. Se sentó del lado de enfrente a la espera de un mate, que previamente había sido ofrecido con algunas masitas que rechazó por falta de apetito. Habíamos hablado numerosas veces con él, pero nunca se concretaba el encuentro, hasta aquel día en el que pudo escaparse un rato del trabajo para brindarnos su testimonio.

"El único barrilete que tuve me lo regaló él, y hoy en día lo tengo guardado".

Miguel le había prometido a Diana que para su cumpleaños de quince le iba a regalar un caballo, puesto que desde chica fue 'loca por los caballos', tal cual ella se define.

Un día, faltando un montón todavía para su cumpleaños, le ganó la ansiedad y le preguntó si estaba juntando la plata. Miguel le contestó que aún faltaba mucho porque solo tenía doce años.

Tiempo después, justo a la vuelta de su casa, había dos petizas (caballos pequeños). Miga, que ya había juntado cien pesos, llevó a su hermana a verlas, pero el dueño ya había vendido una, así que para la segunda pedía más plata.

El día de su cumpleaños, y contra todos los pronósticos, apareció con India, una yegua que había cambiado a un cartonero que andaba por el barrio por una vieja motoneta de Guillermo más un poco de plata.

Mientras presencia el relato, Rosa, sentada a un lado de la mesa, se encuentra atrapada por los recuerdos y nos explica con detalle cómo hicieron para tener un caballo en aquella casa tan pequeña. "Teníamos un patio grande y la India fue a parar al fondo. Durante una semanas que

el clima era medio lluvioso, Diana se la pasaba diciendo que la India, al aire libre, tendría frío; así que Néstor terminó construyendo con un par de maderas, un galpón para la yegua".

Diana limpiaba ese galpón más que a su propio cuarto, ese regalo de su hermano había sido el más esperado de toda su vida. Pronto también tuvo que salir a trabajar, y como se ganaba unos pesos en un puesto de diarios, compraba ella misma el pan y el aserrín para alimentar a su mascota.

Rosa, entre risas, recuerda que una vez mientras charlaba con un vecino, se dio cuenta que el hombre cada vez hablaba menos y abría más los ojos. Ella estaba de espaldas a la puerta que daba al fondo, por lo tanto no había advertido que la yegua estaba entrando al comedor. Cuando miró para atrás, la India ya estaba adentro de la casa. "Muchas veces, si estaba la puerta abierta, entraba y agarraba cualquier cosa que encontraba en la mesa".

Diana y la India forjaron una estrecha relación que perdura hasta el día de hoy, sobre todo por haber crecido juntas.

Muchas veces cuando despertaba y abría la persiana de su habitación que daba al patio, la yegua comenzaba a relinchar hasta que su dueña se acercaba a saludarla. "Con India nos entendemos un montón, tenemos un cariño mutuo".

Guillermo es quien tal vez compartió más cosas con Miguel, sobre todo una vez entrado en la adolescencia. Cuando él aún tenía diez años, su hermano ya andaba con sus amigos de acá para allá, razón por cual Guillermo había formado su propio grupo con los que solía ir a jugar a la pelota. Siempre tuvieron buena relación, a pesar de que Guille recuerda que Miguel era todo un hermano mayor, que a veces era medio molesto, no sólo con él sino también con las más chicas. Cuando Guillermo cumplió quince años, comenzó a juntarse más con Miguel y su banda de amigos.

"Íbamos juntos a la cancha, él me hizo hincha de Boca", recuerda Guillermo mientras agrega que Miguel le había regalado una camiseta de Boca cuando él era muy chico, que hasta el día de hoy no sabe de dónde la sacó. Se ríe y su sonrisa es igual a aquella que hoy vemos en las fotografías de su hermano. El parecido es impresionante, aunque Guillermo admite que en cuanto a la personalidad disentían bastante. "Él tenía más buena onda, tenía un chamuyo bárbaro. Yo soy más tranquilo".

Entre risas Guillermo cuenta que su hermano tenía chamuyo sobre todo con las mujeres, razón por la cual podría definirlo como "un tipo muy mujeriego",

mayor, rol del cual le costaba salir. Le enseñaba a cuidarse de todo y lo aconsejaba: "Que si fumaba, que no fume, que si tomaba que no me mame. Cuando empezamos a salir, que yo crecí, me pasaba a buscar para ir a todos lados".

Pero si hay algo que Guillermo postula como la característica que podría definir la forma de ser de su hermano, sería la manera en la que caminaba.

Miguel tenía una manera de caminar que Guillermo puede afirmar que era única. Muchas veces iban juntos a algún partido de fútbol y hasta a los perros les costaba seguir sus pasos. "Caminaba tan rápido que vos tenías que ir corriendo al lado para alcanzarlo".

A medida que comenzó a compartir el grupo de amigos de Miguel, Guille se fue alejando de sus amistades para acompañar a su hermano a cuanto lugar iba. La casa de 69 era el punto de encuentro para compartir alguna reunión cuando aquel lugar enorme y sin puertas, se llenaba de gente.

Guillermo se queda en silencio. Inmediatamente nos damos cuenta que en ese vacío está su hermano, que haberlo traído a sus palabras después de tanto tiempo le entristece el corazón; que hablar de esta manera como si

diferente a él. Además era "de salir con cualquier cosa", ocurrente y de estar siempre de buen humor. Recuerda que una vez, cuando él era más chico, Miguel estaba en su casa con dos amigos mirando la televisión. Entonces entre él y uno de los chicos comenzaron a hacerse señas similares al lenguaje de sordomudos, pero en realidad estaban cargando al otro amigo que no llegaba a entender lo que sucedía. Los dos se mataban de risa ante la incertidumbre de aquel que no sabía que lo estaban cargando a él. Guille ajeno a la escena, se reía a la par de su hermano porque veía cómo lo 'gastaban'.

Al mismo tiempo que Miguel se fue mudando a la casa de 69, las discusiones con Néstor eran frecuentes y la relación entre los dos hermanos mayores se fortalecía. Miguel ya se vestía con ropa más grande que el talle que le correspondía, los jeans todos rotos, remera de los Rollings y el pelo medio largo.

Su hermano todavía recuerda como si fuera ayer cuando Miguel apareció con un pañuelito en el cuello. "Mi viejo le vivía diciendo que se lo sacara. Me acuerdo también cuando se dejó el pelo largo y a mi viejo no le gustaba nada".

Cuando Guille empezó a entrar en la adolescencia, fue

copiando muchas de las particularidades de su hermano como tener el pelo largo. Sin embargo, Néstor ya estaba 'curado de espanto', tal como lo define él mismo, entre risas. Incluso su padre, luego de lo que pasó con Miguel, se tatuó en el brazo izquierdo la cara de su hijo mayor. "Mi viejo jamás lo hubiese dejado a Miguel tatuarse".

La entrevista con Guillermo se vuelve más una charla con tono de complicidad, entre mates y sin marcar ninguna estructura. Nos cuenta todas aquellas anécdotas que guarda en su memoria como un tesoro que aún, no ha revelado a nadie.

"Una vez lo acompañé a Misiones. Quería ir con el Chino a visitar a Gaby, una amiga que era de allá. A mí me habían dejado de casero en 69, pero como a Miguel no lo dejaron subir al tren con el Dago (su perro), se volvió. Me vino a buscar y nos fuimos dejando al perro en casa".

Guillermo esboza una sonrisa queriendo ocultar su deseo de poder volver a ese momento. Él era quien más iba a 69 a visitarlo, también escuchaba los ensayos de la banda y hasta se sentaba en la puerta a tomar una cerveza a solas con su hermano. "Hablábamos de las pavadas de siempre, de la banda, que él estaba re enganchado con eso".

Si bien los dos hermanos habían pasado a ser como amigos, Miguel conservaba aún su tinte de hermano

los años no hubiesen pasado, acrecienta su dolor.

Intentando salir de sus propios pensamientos Guillermo sigue el relato, otra vez con una sonrisa y disimulando aquella angustia que ahora se refleja en sus ojos.

"Miguel tenía la costumbre de llevar amigos a casa, incluso se quedaban a dormir. A mi casa entraban todos, las puertas estaban abiertas pero yo nunca fui como él. Jamás un amigo mío se quedó a dormir".

Su hermano, cinco años menor, también es testigo de las veces que Miguel veía a algún chico en la calle sin dónde dormir o qué comer, y lo llevaba a la casa, como si aquellos segundos le hubiesen bastado para llamarlo 'amigo'. Una vez, tal como rememora Guille, se hizo amigo de un chico oriundo de Perú, que andaba buscando un lugar para dormir, entonces Miguel lo llevó a su casa. Allí permaneció casi una semana, viviendo entre los demás hermanos, sus padres y los perros que siempre fueron integrantes de la familia.

Guille está convencido que la personalidad que tenía su hermano, tan diferente a la suya, lo llevó a formar aquella amistad tan fuerte con los chicos, que incluso perduró cuando Miguel desapareció y se mantiene hasta el día de hoy. "Sus amigos son los que hicieron y hacen todo

tenían: tenía un bollón groso en el guardabarros derecho. Al preguntarle a Rosa qué había pasado, ella otra vez lo resguardó al decir que un 520 había frenado de golpe y se lo había 'tragado', "después me enteré que había sido Miguel que entrando el auto, se había tragado un palo de luz".

La sonrisa de Néstor no tarda en aparecer cuando comienza a enumerar la cantidad de veces que Rosa actuaba en complicidad con su hijo mayor.

Un sin fin de recuerdos se cuelan en la memoria de aquel hombre que ahora esconde su tristeza detrás de unos lentes algo gruesos y una mirada serena. Recuerda entre risas y algún que otro gesto de enojo que tiempo después Miguel tuvo un incidente en el colegio meses antes de terminar la secundaria. Lo echaron del colegio Normal 3 de La Plata tres meses antes de terminar y obtener su título de Bachiller. "Cuando le dan de baja en la escuela, lo quería matar".

Una compañera le había gritado "¡Villero!" y él le tiró un borrador en la cabeza. Lo echó de la casa y Rosa esperaba que Néstor se fuera a dormir o a trabajar para dejarle la comida cerca de la ventana. "Eran muy compinches, siempre lo tuvo debajo del ala", describe Néstor.

Más allá de tenerlo siempre cerca del nido y no dejarlo volar, Rosa quería que terminara sus estudios secunda-

por él, y los que la pusieron 'pilla' a mi vieja para que lleve adelante la lucha por Miguel".

La última vez que vio a su hermano fue en aquella casa de 69 que los había visto reír, charlar y compartir un rato de música. Tomaron una cerveza a oscuras, porque la policía ya hostigaba a Miguel. Salió a la puerta a despedirlo cuando Guille se estaba yendo como si fuese un día más, aunque su hermano cree que algo presentía porque estaba muy asustado. Aquel saludo, donde los brazos de los dos se entrelazaron, fue el último y es el mismo que permanece en la mente de Guillermo hasta el día de hoy.

"¡Era un desorejado!" repetía Néstor, su padre, aquel martes de octubre cuando se despojó de la frialdad y desconfianza con la que nos saludaba al principio y nos recibió con un cálido abrazo.

El grabador en el medio de la mesa, comenzaba a titilar su luz roja y la máquina del tiempo retrocedía 30 años, o más.

La relación padre e hijo 'fue brava', tal como la describe Néstor. Miguel tenía esa rebeldía de adolescente que a

Néstor le costaba entender, y que de alguna manera asumió tiempo después cuando fue Guillermo el que entró en esa etapa.

"Nunca tuve miedo de que le pasara algo. Miguel viajaba en el techo de los trenes, sin boleto, colgado de los fuelles para que no lo viera el guardia. Eso era normal para él".

Boca y los perros, que lo acompañaban caminando cada adoquín a su lado, le llenaban el alma.

En frente nuestro, Néstor mantiene su mirada vuelta hacia la ventana mientras esboza alguna que otra sonrisa recordando a su hijo mayor. "Lo que más le reprochaba era su comportamiento; a veces desaparecía dos o tres días y la tenía a la madre 'en jaque' porque no sabía dónde estaba. Le gustaba 'andar mal vestido', con zapatillas grandes, ropa toda rota, y no tenía necesidad porque tenía ropa. A él le gustaba andar así. Irse a Bariloche a dedo, no le costaba nada y no tenía necesidad alguna, pero para él era una aventura. Eso era vivir".

Sus brazos cruzados lo protegen de los recuerdos que lo asaltan en medio del relato, mientras con gracia recuerda la complicidad entre Rosa y Miguel: "A Rosa la adoraba, ella siempre lo cubría".

Mientras comienza a cebar un mate algo amargo, Néstor recuerda un día que apareció chocado el auto que

rios, pero a él eso mucho no le importaba. "Miguel terminó el secundario, y ese mismo día me revoleó el título, 'ahí tenés' me dijo" cuenta Rosa, que, ya con los brazos distendidos y la mirada más endurecida, agrega que le daba bronca porque Miguel era muy inteligente, nunca había necesitado una maestra particular.

Tenía tanta facilidad para estudiar que en el secundario nunca repitió ni se llevó ninguna materia. Una sola vez le había dicho que andaba mal en química, y como justo Rosa trabajaba con en la casa de una Química, consiguió que le diera clases de apoyo.

"La bruja", como solía llamarla Miguel, muchas veces pensaba si su hijo seguiría estudiando terminado el secundario y hasta el día de hoy recuerda con gracia aquel día en que le preguntó si se anotaría en alguna carrera. "Pero era de esperar su respuesta", dice entre risas. "Me dijo 'cirujano', entonces yo estaba entusiasmada con que iba a estudiar Medicina, pero después me dijo 'pero de ciruja, eh'".

Una carcajada algo apagada sale de su boca y nos contagia a quienes estamos sentadas justo en frente de aquella mujer que ahora nos habla como si estuviera reviviendo cada momento que se cruza en su cabeza. Los años han pasado, pero Rosa detalla con tanta precisión cada gesto,

- ¿Viste por qué yo te digo siempre que vos tenés que estudiar? Así vos le podés dar a tus hijos todo lo que nosotros no pudimos darles a ustedes- le dijo su madre.

- No bruja, yo les agradezco. Gracias por lo que nos dieron ¿a mí qué me importa el televisor color? – le respondió Miguel.

“Ese gracias ninguno lo tenía que dar, él tenía esas cosas que lo hacían especial”, rememora Rosa con lágrimas en los ojos.

Muchas veces baja la mirada mientras recuerda a Miguel, otras sólo mira hacia cualquier rincón, tratando de buscar los ojos de su hijo, queriendo conservar aún aquella complicidad entre ambos.

Ahora se hace un silencio en el medio de la charla, como si ese silencio alcanzara para decir todo lo que queda por contar.

“Al que más le costó la adolescencia de Miguel fue a Néstor. Cada vez que discutían por alguna pavada, Miguel no era de callarse, quería hablar y el padre quería que se callara”.

Rosa, cuya memoria es especial para recordar cada detalle, cuenta una vez que un vecino se acercó a la casilla donde vivían a reclamarle que su hijo estaba jugando a la pelota en la calle con unos amigos. Esa noche, Rosa había acostado a los más chicos temprano porque su

cada palabra, cada imagen, que hace que más de 20 años se conviertan en el día de ayer.

En la casa de 61 se vivía con los sueldos de Néstor y tiempo después, con algunos pesos que Rosa recaudaba vendiendo ollas Essen. Sin embargo Miguel no dudaba en invitar a quien pasara delante suyo: “Che, ¿comiste vos? ¿Querés venir? La bruja cocina”

Y así un plato más se agregaba a la mesa, sin problema alguno.

Rosa, que sentada detrás de su escritorio en la Asociación Miguel Brú voltea a mirar una de las gigantescas fotografías de Miguel que se encuentra debajo del vidrio, nos devuelve la mirada reflejando orgullo en ella. “Miguel no era sólo de traer chicos a casa a dormir, bañarse o comer sino que además, se llevaba cosas de la casa para dar. Yo le decía: ‘Miguel nosotros también somos pobres’, a lo que él me respondía ‘cuando cobre papi nos arreglamos’”.

Durante la crianza de Miguel, Néstor tenía dos trabajos: de cuatro de la mañana a doce del medio día manejaba un micro de la línea 214, mientras que de trece a veintiu- na trabajaba en mantenimiento en la Comisaría 4ta de

Villa Argüello. Con dos ingresos la familia podía con uno comer y con el otro pagar el alquiler.

Aunque Néstor hasta el día de hoy admite que siempre le gustó más el trabajo de colectivero, confiesa que un día decidió no trabajar más en el micro y comenzó a estar más con los chicos. "En ese entonces Rosa empezó a vender ollas así que yo me quedaba con los chicos, igual ya estaban grandes, se criaban solos. Después para que alcance la plata, empecé a hacer changas de albañil, donde aprendí el oficio. Mi hermano era maestro mayor de obras en Bavio, así que algunas veces iba a laburar con él de lunes a viernes y el fin de semana ya lo pasaba acá".

En la casa de Miguel, donde aún las paredes conservaban la fachada de los ladrillos sin revocar y los perros predominaban por doquier, nada sobraba pero tampoco faltaba. Rosa recuerda que no fue fácil la crianza de sus cinco hijos, con su marido trabajando más de dieciséis horas diarias; pero a pesar de todo, Miguel como hermano mayor, jamás reprochó ni pidió nada, al contrario, agradecía cada día a su madre lo que le habían podido dar.

Una vez, mientras Rosa preparaba la cena, Miguel le contó que el padre de un amigo suyo, que era escribano, les había comprado un televisor color.

padre tenía que descansar y no podían andar haciendo lío hasta tarde. Entonces, tal como ella dice "era una regla que se acuesten nueve y media porque el padre se levantaba a las 2 y media de la mañana para ir a trabajar".

El que no quedaba en la cama porque era más grande, era Miguel.

A las once menos cuarto de la noche golpearon la puerta bruscamente, Rosa enseguida pensó ¡Miguel! Era el único que estaba afuera con los amigos. Cuando abrió la puerta en camisón, a oscuras vio una figura que le dijo:

- ¿Usted es la mamá de Miguel?

- Si vino acá es porque sabe que soy la mamá- contestó Rosa.

- Llame a su marido - le dijo el hombre entre sombras.

- Mi marido está durmiendo porque trabaja- dijo Rosa intentando alejar aquel hombre para que Néstor no se despertara.

- Yo también trabajo y estos andan jodiendo por ahí - gritó aquel vecino que ya una vez lo había agarrado a Miguel de los pelos y lo había llevado a la comisaría.

En ese momento se levantó Néstor en calzoncillos. Enfurecido no lo dejó hablar y le dijo:

- Señor las pelotas, a ver lléveme a mí a la comisaría.

Enseguida Néstor le gritó a su hijo que entrara y a los amigos que fueran a sus casas pero Miguel quería

rotos, zapatillas gastadas y remeras de los Rolling Stones o Patricio Rey, sino también algún que otro amigo o amiga que no tuviese dónde dormir. Cada uno que tenía la oportunidad de entrar en aquel templo, dejaba un graffiti en la pared, donde quisiera, con fibrón o aerosol y ese era el mundo de Miguel, donde tampoco permanecía muchas horas. Funcionaba como sitio de reuniones adolescentes donde se podían planificar fiestas o viajes mientras se fumaba un cigarrillo y se escuchaba música. La colilla jamás iba al piso, Miguel decía que su cuarto no era un boliche.

Además él fue quien comenzó a fumar, un poco a escondidas de Rosa, que como toda madre, ya sabía. Probó el cigarrillo cuando estaba en la secundaria, y como en su casa nadie fumaba, lo ocultó hasta que la astucia de su madre pudo más. "Una noche me levanté y sentí olor a cigarrillo, pero como nosotros teníamos estufa a kerosén, Miguel echó la culpa a eso". Sin embargo, su mentira duró hasta que Rosa, al lavar una camisa, encontró un cigarrillo en un bolsillo. "'Te olvidaste un kerosén en la camisa' le dije". Se ríe mientras se acomoda el pelo y esboza una sonrisa. Nos mira, y entendemos en ese preciso momento que aquella mentira era parte de la picardía que caracterizaba a Miguel.

hablar. "Miguel era así, de querer hablar todo, pero el papá no, tenía otro carácter".

Y mientras su padre se encarga de definirlo, se levanta varias veces de la mesa a preparar una y otra vez el mate. "Para Miguel la libertad lo era todo. Una vez me dijo: 'antes de caer preso, me pego un tiro'".

Y esa libertad no sólo se expresaba en andar de acá para allá, dormir en '69 o en su casa, colarse en algún tren hacia algún lado, sino también en el ferviente deseo que tenía de viajar. "Él me decía que quería estudiar periodismo para viajar, quería conocer el mundo".

Y sin embargo, la vida lo llevó a destinos que ni él hubiese imaginado. Con pocas monedas en los bolsillos de sus jeans algo rotos y nada más que un perro como compañía, conoció Bariloche, primero con unos amigos cuando apenas tenía quince años y después con el típico viaje de egresados tan común para los alumnos del último año de secundaria.

Rosa habla entre risas de aquellas tardes que Miguel pasaba programando aquel viaje en su cuarto. "Yo escuchaba cómo Miguel y sus amigos hablaban en el cuarto sobre el viaje y decían: 'Nos vamos a tener que poner dos pantalones, dos camperas' y otro salta y dice '¡¡Dos pares de botas!!'".

No paró de reír ese día y no para de reír ahora, recordando aquella expresión llena de la incoherencia de la adolescencia.

"En Bariloche conoció a una noviecita, Andy, entonces cuando vuelve andaba con un guante solo, sin dedos", Néstor se quita los lentes para limpiarlos un poco con una servilleta, mientras recuerda como si fuese ayer.

La promesa de amor entre ellos, que Rosa ya nos había detallado con anterioridad, consistía en que cada uno se quedaba con un guante y lo tenían que usar mientras estuvieran separados. Pero Néstor hoy entre risas recuerda que no entendía aquello de ponerse un solo guante. "Yo le decía: '¿qué haces con ese guante?' Y me decía: 'porque el otro lo tiene Andy'".

Su madre después recordaría que Miguel siempre repetía: "me acuerdo de dos cosas, de Andy que me dice que me lo tengo que poner y de papi que me dice que lo tengo que sacar".

El cuarto de Miguel fue el escenario de la organización de aquel viaje que tanto prepararon con sus amigos, a diferencia de los que vinieron después, consecuencia de la fortuna de encontrar un asiento vacío en algún micro o tren que saliera hacia quién sabe dónde.

Esas cuatro paredes encerraron por años no sólo jeans

Así fue el primero en la familia en fumar, no delante de Néstor pero sí fumaba. "Cuando su padre se quiso acordar, estaba fumando pero ya era más grande", aclara Rosa.

A Miga le gustaban muchas las peñas, eran lugares donde se encontraba con sus amigos, comían algo, escuchaban alguna banda local y tomaban una cerveza. Quiso llevar muchas veces a las peñas a su madre, pero Rosa no quería, sentía que en ese lugar para jóvenes, ella no tenía que estar. Lo cuidaba, pero no lo invadía, y eso era lo que Miguel apreciaba. "Era de salir bastante, pero también era de venir a casa, ser compañero no sólo conmigo sino también con las nenas, que lo esperaban ansiosas. Además, traía a todos los amigos a casa".

Aquel comedor de la calle 61 vio desfilar a la cantidad de amigos y amigas que tenía Miguel en todos lados, no sólo los de la facultad sino también los del barrio y alguno que otro "de la vida". La familia ya estaba acostumbrada a su presencia en la casa y Miguel nunca tuvo el prejuicio de llevar a sus amigos a una casa de madera, eso no lo intimidaba. Ofrecía lo que tenía.

"Seguro era re buen amigo, porque estaba lleno de amigos, tenía amigos en todos lados. Además, en cada reunión familiar, siempre alguno estaba", dice Diana,

la parte que se encuentra afectada-, entonces al tener un dolor terrible en la espalda y una costra que se le había formado por el avance del virus, fue a una curandera que le dijo que se lavara con agua y jabón blanco.

Al enterarse de esto, Miguel no dudó en llevarlo a su casa y curarlo él mismo. "Lo sentaba en el patio, cortaba el jabón y lo lavaba despacito, para que no le doliera. Después lo curaba". Rosa siente que ella no lo hubiese podido hacer, le daba asco del solo ver a su hijo lavando aquellas heridas. Pero a Miguel no le importaba, sabía que así ayudaría a aliviar el sufrimiento de su amigo.

Y así como defendía a sus amigos, su familia era el pilar fundamental en la vida de Miguel. Ser el mayor de cinco hermanos a pesar de ser una responsabilidad que asumía muy bien, era todo un desafío. Un sobrino de Néstor una vez le contó que Miguel decía: "vos no te imaginás lo que es ser el mayor de cinco hermanos". Tenía que cuidar a cuatro, no era tarea fácil.

Guille era quien compartía más tiempo con él, tal vez por la poca diferencia de edad y también, por ser los dos varones de la familia. Pero más allá de eso, Miga tenía adoración con quienes eran las 'nenas'. A Diana solía llamar "negra traga", porque estaba siempre estudiando y era a quien mejor le iba en el colegio.

A ella le regaló a India para sus quince, porque sabía

quien recuerda con detalle aquellas reuniones donde los amigos de Miguel eran parte de la familia.

Rosa ahora frunce el ceño para describir la manera en la que Néstor reaccionaba cuando llegaban todos a cenar y se acomodaban en la mesa.

- ¿Todos tienen que venir acá?, repetía Néstor cada vez que su casa era invadida por la banda que seguía a Miguel. Mientras que Rosa muchas veces le decía: - Dejalos, mientras estén acá, sabemos donde están.

Y para los demás padres, también en cierta forma, era una tranquilidad que los chicos estén adentro, en una casa de familia, sabiendo muy bien dónde estaban y con quién. Es por esto que Rosa conocía a todos sus amigos, y además, sabía perfectamente dónde ir a buscarlo si algo sucedía.

Si había algo que le gustaba a Miguel era poder ir donde quería y cuando quería, pero sin embargo, siempre conseguía algún teléfono o manera de comunicarse con su madre para llevarle tranquilidad con un: "Mami, estoy bien".

Después del viaje de egresados, consiguió un asiento vacío en un micro que iba para Tandil, y no dudó en tomarlo. Días después, el teléfono sonó. Los latidos

acelerados de Rosa sólo se calmaron ante las palabras que escuchó del otro lado del tubo: "Bruja estoy bien. Vos sabés que salía un micro a Tandil y sobraba un asiento así que me enganché".

"Y era así, loquito pero muy buen compañero con los amigos y solidario", aclara Néstor. El rostro de aquel padre que hoy recuerda a su hijo y lo extraña, cada día de su vida, ahora se vuelve angustia. Miguel siempre le hacía la contra, o por verlo enojado, o quién sabe por qué pero les costaba mucho ponerse de acuerdo. "Era su carácter y en parte, yo admiraba eso".

Los ojos de Néstor demuestran que el tiempo no ha pasado, y la tristeza se ha ido agrandando cada vez más, con los años. Se emociona y las lágrimas caen por sus mejillas agrietadas y curtidas por el dolor. Intentando contener un llanto que hace que su mentón tiemble sin control, sigue adelante y habla con un orgullo que ahora infla su pecho: "¡Cómo defendía principalmente a sus hermanos y después a sus amigos, se jugaba por ellos! No le vayas a hablar mal de sus amigos porque se ofendía y se iba a la mierda".

Miguel tenía un amigo de Viedma, cuyo nombre Néstor no recuerda, al que le había agarrado culebrilla –una especie de herpes que causa ardor y picazón intensos en

cuánto le gustaban los caballos. Y también, para los quince de las mellizas, habían arreglado con Néstor que cada uno llegaría en el auto y bajaría del brazo escoltando uno a cada una de las chicas. Sin embargo, Miguel desapareció el 17 de agosto de 1993 y el cumpleaños de las mellizas era ese 23 de noviembre. No hubo fiesta, sólo una torta y la angustia abrumada por la ausencia.

Sus raíces en Pigüé, eran algo que para Miguel también significaba mucho y no perdía oportunidad para hacerse una escapada a aquellas tierras donde había nacido.

En muchos de sus viajes aprovechaba y bajaba en Pigüé. Cuando viajó a Bariloche, se enteró que un hermano de Rosa había muerto, así que bajó en aquella ciudad, se quedó acompañando a su madre y luego siguió.

Néstor recuerda que una vez que fue a Pigüé a visitar a sus abuelos, lo metieron preso por estar borracho en un parque. Estaba con Maxi y Pablo, sus primos, tomando un par de cervezas, pasó un patrullero y los levantó.

En otro de sus viajes a la ciudad donde sus padres se habían conocido, llamó uno de los hermanos de Néstor para avisar que Miguel estaba internado en el hospital, el mismo que lo había visto nacer en 1970.

Cuando Néstor le dijo a Rosa, enseguida comenzaron a llorar los dos, pensando que algo malo le había pasado a

levantar las mesas y acomodar la vajilla, y sus compañeros juntaban un poco de plata para pagarle a fin de mes. "Él era así, buscaba su independencia. Sabía que en casa no sobraba".

Néstor nos mira al mismo tiempo que recuerda que muchas veces su hijo le dijo que odiaba a la policía, sin embargo nunca cuestionó su ocupación. Miguel sabía que era su padre y que ese era su trabajo, no tenía nada que ver con lo que él pensaba de la institución en particular. El desprecio hacia la policía empezó poco después de que Miguel comenzó a tener compañeros en el colegio que le contaban que sus padres eran desaparecidos de la última dictadura militar. A partir de esas historias, empezó a enterarse de cómo había sido aquel plan sistemático para secuestrar, torturar y desaparecer personas. Eso mismo era lo que le contaba a su madre cuando llegaba a su casa. Y en aquel hogar, según cuenta Rosa, donde jamás se había hablado de la dictadura ni de las desapariciones, Miguel fue quien empezó a ir a las Marchas de la Resistencia, primero acompañando a sus amigos, luego por su propio compromiso social.

"La cuestión de la desaparición lo movilizó mucho", dice Rosa mientras recuerda que algunas veces ella misma ignoraba muchas cosas de las que Miguel contaba y su hijo le repetía "no sabés nada bruja, no sabés nada".

su hijo y ellos no estaban ahí. Esa misma noche, Rosa sacó un pasaje y viajó hacia Pigüé, no iba a poder dormir tranquila sabiendo que estaba lejos de Miguel. Cuando llegó, horas más tarde, su hijo ya estaba operado y se estaba recuperando. Había llegado al hospital dolorido y con un cuadro de apendicitis, así que lo habían intervenido de urgencia. "El cagazo que nos pegamos esa vez", dice Néstor que además recuerda que cuando vio a su hijo, la cicatriz en su abdomen era bastante grande. "Después, cuando tuve que ir a identificar dos cadáveres a la morgue porque eran muy parecidos a Miguel, lo primero que miré fue si tenía la cicatriz en la panza. No la tenían". Lloro, vuelve una vez más su mirada hacia la ventana que tantas veces ha visto llegar a su hijo en la bicicleta, con sus perros y que también lo vio salir el último día. Mira hacia allí como si quisiera volver veinte años atrás y poder por un momento decir: "Quedate acá, no te vayas. Algo malo te va a pasar".

El poco dinero con el que contaba Miguel, lo llevaba en su bolsillo y solía gastarlo en comida, alguna que otra cerveza y la entrada a alguna peña a la que iba con sus amigos. No pedía a sus padres, porque sabía que la economía en casa no era como para andar pidiendo para sus cosas y además, él decía que era mayor y

por lo tanto, tenía que hacerse por sí solo.

Cuando Néstor todavía manejaba colectivos, lo vio en una esquina parado, con unos papeles en la mano. Inmediatamente, al ver que era su padre el que estaba en el micro, subió. "Agarré una changa para repartir volantes viejo, tiro de diez a veinte en cada portón, así termino rápido y listo", le dijo.

Néstor se emocionó al ver a su hijo tan entusiasmado con aquel trabajo que había conseguido pero que le duró dos o tres días porque se dieron cuenta de su estrategia para agilizar la tarea.

Tiempo después también entró como cadete en una financiera. Le gustaba pero al igual que la changa anterior, no se extendió por mucho tiempo. Siempre estaba buscando algún truco para afrontar sus gastos, sin tener que pedirle a nadie.

En una oportunidad, fue a pedir trabajo a La Linterna, un restaurante ubicado en la esquina de 1 y 60, que hasta el día de hoy sigue funcionando. El empleador le dijo que no porque no tenían con qué pagarle, ya tenían demasiados mozos y la plata que entraba no era suficiente para uno más. Sin embargo, entre los tres o cuatro mozos que había, le propusieron hacer una vaquita y pagarle un pequeño sueldo a Miguel para que trabaje ahí. Así que así fue, él ayudaba a lavar las copas,

Su madre aún conserva una agenda que era de Miguel. En ella, aún se encuentran anotados cuarenta pesos que debía a su madre, y además, en su directorio también expresa su forma de pensar. Miguel era tan transparente que hasta su agenda habla de él. En todos lados dejaba su marca.

En la parte donde se ubican los números para emergencias, después de los dos puntos que siguen al nombre Policía Provincial, Miguel escribió con trazo de birome: "ASESINA".

Rosa admite que luego de enterarse que la policía había sido quien desapareció a Miguel, antes de que Néstor leyera lo que su hijo había escrito en el papel, lo tachó. Esa fue la única modificación que hizo en ella, lo demás se conserva tal cual Miguel lo dejó.

hacía reír mucho", reveló esa mañana cálida de marzo, cuando nos citó en su oficina del tercer piso de la Facultad de Periodismo, donde reside la Secretaría de Derechos Humanos. En un momento, se levanta y se dirige al baño y cuenta que a Miga nadie le regalaba nada. Se detiene, nos mira unos segundos, y con la voz ronca y el corazón en la mano nos dice: "No se va a pasar más sino". Tarda unos minutos más de lo esperado, y regresa despacito recordando algunos ídolos de su querido amigo. "Le gustaba mucho Lalo Mir, le cautivaba la naturalidad de su voz y su estilo periodístico", revela.

Por aquellos tiempos, no había grandes masas militantes en los partidos políticos, y las marchas por los Derechos Humanos comenzaban a cobrar fuerza. Para muchos, ir a un recital era un acto de militancia. Miguel compartió la época acartonada con Alberto Mendoza Padilla, conocido como "El Mendy", Adrián Santamaría, y Quique, los dos últimos de Viedma, provincia de Río Negro. Con Quique, compartía las lecturas, amante inigualable de las columnas de opinión de Página 12. Con "El chino", en cambio, las melodías de Los Redondos y Sumo. A los dos les enseñó a conocer las esquinas la ciudad. Años más tarde, se mudarían juntos a una casa tomada en 69 entre 1 y 115.

III EL STONE

Los jueves, Osvaldo Bayer, los domingos, Horacio Verbitsky. Miguel siempre se guardaba alguna monedita en el bolsillo para su infaltable Página 12, que devoraría en unos pocos minutos más. Era una época donde ser periodista estaba de moda, y donde los lenguajes habían cambiado sus formas para llegar al público. Página 12 había revolucionado la forma de escribir en los diarios, como Rock And Pop lo hizo en las radios. En los noventa se había engendrado masivamente el periodismo de investigación, muchas veces con un criterio frugal y poca reseña verídica. Eran los tiempos del periodismo para periodistas, de la farándula, la ficción y el esplendor de la televisión.

Miguel bien podría haber sido un ensayista gráfico perdido entre los pasillos de una redacción. No lo dejaron. En 1989, y con diecinueve años, decidió estudiar comunicación en la entonces Escuela de Periodismo, donde conoció a Jorge Jaunarena, Enrique "Quique" Nuñez, Adrián Santamaría y Carolina Villanueva Garrido. Todo ellos recuerdan la misma fotografía: pibe stone, independiente, caminando entre recovecos y

entrando a las clases rodeado por sus dos perros. Amante de la libertad, enemigo de la injusticia; solía perderse entre la gente en manifestaciones sociales exigiendo equidad, y se decía anarquista. Cuando empezó sus estudios universitarios se acrecentó su presencia en las marchas; dos de los chicos de su banda Chempes 69, eran hijos de desaparecidos. Su madre afirma sin dudar que por el fuerte compromiso que su hijo asumía, de haber estado presente hoy y ver los Juicios por crímenes de Lesa Humanidad, hubiese sido el primero en estar ahí. "Yo siempre le decía, a quién se le ocurre marchar con una bandera negra, y él me explicaba el significado de anarquista", insiste.

Jorge es de Neuquén. Se instaló en La Plata para estudiar Periodismo. No recuerda cómo empezó a hablar con Miguel, aunque sabe, resuelto, que fue instantáneamente.

- ¿Vos sos de Neuquén?

-Si- replica Jorge

- Ah, yo estuve.

Miguel había estado en Neuquén un verano en el que por destino se había hecho amigo del mejor amigo de Jorge, al que le curó la culebrilla. Jorge era tímido, le costaba afianzar lazos y crear vínculos, aunque supo nutrirse de la soltura de Miguel para ganar confianza. "Él quería ser de Berisso, bien del lunfardo, y eso me

Quique regresó a La Plata para hacerse presente en su primera vigilia. Habían pasado veinte años de la desaparición de Miguel. Estaba con Rosa y Néstor, y un vaso de soda que no soltaría durante toda la charla. Cuenta que aquella época era muy bohemia, donde todo se compartía. Las Escuelas de Periodismo y de Trabajo Social eran las más politizadas de la Universidad y de la ciudad. Todo era diferente. El papel de los medios de comunicación era debate académico, se discutía sólo dentro de las aulas. Lo cotidiano se traducía en lo barrial. También habla de la Policía. Emula finamente el desprecio que Miguel tenía por las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Recuerda una charla con el dueño de un boliche, donde una noche tocaron sus amigos con Chempes 69. Relata con rabia que la Policía le pedía al dueño del local, una "cometa" para que los muchachos pudieran seguir tocando. "Eso lo ponía loco a Miguel", prosigue.

La casa en El Mondongo estaba ceñida de afiches, cuadros y velas. La tarde estaba algo nublada y fresca. Néstor esquivaba las palabras. Alguien preguntó por el retrato colgado en la pared: se lo veía joven, fresco y rapado, como la última vez que se lo vio. Quique rompe el silencio, y cuenta que a Miguel le gustaba más la gente de la Escuela que el estudio.

do / Ayúdame a contemplar al que quedó en Malvinas /
No llores niño, que tenés para rato / No te hagas proble-
ma porque alguien está con nosotros / No te vas a morir
de hambre porque hay Naciones Unidas / Esto es una
guerra / no quiero ser parte de ella' (Chempes 69).

La locura sistemática invade palacios, ministerios, pues-
tos y oficinas. ¿Será demasiado tarde? Las niñas están
más grandes, por vos no se callaron. El Guille con vos
tiene más onda, un hermano polenta. Quique extraña. El
Chino un toque más triste.

Magui hermosa, con panza, tetona, solitaria como el
Dago (pero este mucho más libre, loco y peludo). Tu
vieja tiene los ovarios rebien puestos; fuerte, cálida,
invencible... ¿Adónde están tus manos? Venite un toque.
Hacele un jueguito a la muerte, al vacío, a la mentira.
Llegá pronto a sanarme las heridas. Escapate, Miga, y
volvamos, juntos, a descubrir la carretera. Que sean tu
cuerpo y tus ojos."

La misa

Se abría el telón en los pasillos de la bombonera. Miguel
había heredado de su padre la fogosidad por Boca.
Repetía hazañas para conseguir esos pesitos que le falta-

Por aquellos años, el joven de Viedma, había contraído
una linda amistad con Carolina, también estudiante en
Periodismo, Nacida en Santiago de Chile, el 8 de marzo
de 1970, y radicada en Mar del Plata. Sus padres llega-
ron a Argentina en 1973, escapando del golpe militar de
las Fuerzas Armadas chilenas, junto a Carabineros, en
su afán por derrocar al presidente socialista, Salvador
Allende y al gobierno izquierdista de la Unidad Popu-
lar. Hija de trabajadores de clase obrera, en 1990 parti-
ría a La Plata para comenzar sus estudios. Hoy, es maes-
tra de grado aunque nunca ejerció. Trabaja de costurera,
y confiesa amar la escritura. Era la noviecita de Miguel,
aunque aclara que a él no le gustaban demasiado los
títulos. Le llamó poderosamente la atención su forma de
ser, cuando lo vio por primera vez en un pasillo de la
entonces Escuela ubicada en la avenida 44. Estaba con
sus dos perros, traía pantalones rotos, y una remera de
los Rolling Stone. Insiste con algo: le encantaba su liber-
tad. La charla revela algunas hazañas de Miga, a quien le
apasionaba disfrazarse con ropas estrafalarias. Reconoce
haber estado enamorada. Comenzaron como muchos,
aunque muy pocos alcanzan aquella intensidad. Cuenta
que una noche asistió a una fiesta como amiga de
Quique, y entre algunas cervezas lo descubrió a Miguel.
El tiempo pasó, y entre ellos se generó una relación

casual que se fue haciendo cada vez más profunda. Sostiene que se llevaban muy bien más allá de ser el agua y el aceite. "Yo era más 'nena de mamá', él era más libre", replica.

Miguel tenía amigos por todos lados. En una oportunidad, llevó a Carolina una semana a Capital Federal sin un peso en los bolsillos. Iba a algún negocio, y se ofrecía a limpiar vidrios para que le den comida, "era humano a niveles", advierte. En 1992, Carolina abandonó sus estudios y se volvió a Mar del Plata; la relación con Miguel siguió su rumbo a pesar de la distancia. Tiempo después de su desaparición, escribió "Carta a Miguel" en el periódico La Justa, dependiente del departamento de Producción y Servicios de Comunicación Audiovisual, de la entonces Escuela de Periodismo:

"Parece mentira mirarte en carteles, escuchar tu nombre en altoparlantes. A una se le imagina que estás acá, al alcance de los dedos. Hoy cada hora se transforma en una puta espera. Qué maravillosa magia: cuántos amigos. La banda está sonando mejor que nunca y se viene con estas cosas: 'No importa si tienen veinte o si tienen ganas / mañana tendremos el futuro de atómicas y máquinas / se acaban las esperanzas del mundo que pretendiste / Ayúdame a buscar a mi amigo desapareci-

ban para la entrada, y hasta una vez, atravesó el acceso con un pequeño cartón color metal de un tetrabrik. Ganaba coraje al ver la hilera de unos miles con bombos y banderas flameantes, al grito del himno Xeneize que se hacía eco entre las calles a orillas del Riachuelo durante la misa del domingo.

Miguel le contagió a Guillermo la pasión por Boca. Su hermano tenía quince años cuando lo acompañó por primera vez a la popular. Cuenta que a Miga le enardecía ir a la cancha, y le apasionaba todo eso que se genera alrededor del fútbol, no sólo del partido en sí. Le conmovía la aventura: el camino a la estación, el viaje en tren, y la esperanza de hacer algún nuevo amigo de vagón. Guillermo estudió en la escuela Tecnológica de La Plata, aunque no terminó el secundario. Rosa lo sacó a la calle. Comenzó a trabajar a los 16 años, limpiando vidrios y barriendo en una tienda de telas, en ese entonces ubicada en diagonal 74 y 47. Hizo de todo. Lavó autos y se las ingenió con algunas 'changas', hasta que consiguió empleo administrativo en el Pasaje Dardo Rocha, donde actualmente trabaja.

Néstor recuerda con claridad esos años en los que Miguel entraba a la casa rodeado por sus amigos e inseparables perros, Magui y Dago. Al último, lo sacó de la

y Diego Latorre, ambos convocados por Alfio Basile para disputar la Copa América con la Selección Argentina. En la ida en Rosario, los locales le habían ganado a Boca por 1 a 0 con gol de Eduardo Berizzo. Faltando diez minutos, apareció Gerardo Reinoso y anotó el tanto que llevó la definición al alargue. Habría penales, y la victoria sería para Newell's, que se consagraba campeón a lo grande en tierra xeneize. Once años de racha, como los que tenía Miga cuando jugaba picaditos en el potrero del barrio. Destreza de cinco, y algo escurridizo, cuentan. En Periodismo lideró "La resaca de Fiorito", equipo de amigos inseparables en las canchitas de fútbol cinco, hoy terreno donde se alza el Estadio Único platense. Néstor ríe, mientras recuerda la mística del equipo. "¡Eran un plato! Si no tenían dos o tres birras encima, no jugaban". El único que llegaba tomando gaseosa, era Guillermo.

Esas épocas no fueron fáciles para la familia Bru. El país estaba revestido por lujos vulgares y deudas espinosas, y se iba haciendo eco en el mundo. La convertibilidad y el "ingreso" de capitales, se colaban en todas las tapas del diario por la mañana, que pregonaban el fin del estallido inflacionario, y la reconstrucción de un poder político tendiente a reconstruir la autoridad del Estado. Era la época surrealista, de las "inmensas" transformacio-

calle para curarle una sarna repentina. Ambos deambulaban por los pasillos de la Escuela, y de vez en cuando descansaban debajo del banco en el que Miga tomaba apuntes durante la clase de Comunicación I. Entre tantos amigos, su padre recuerda a Alejandro, un muchacho de Trenque Lauquen que estudiaba con Miguel, y vivía en una piecita a la vuelta de la casa de los Bru.

"¡Unos piojos, un hambre!", carcajeaba.

Merodeaba por las calles junto a Schwarzenegger, su dócil y hambriento gato, que Rosa alimentaba de vez en cuando.

-Bruja ¿No le haces un poco de arroz para el gato de Alejandro? - insistía Miguel.

Rosa ponía la olla al fuego para cumplir una vez más con el pedido de su hijo. "Tenía tanta hambre que al plato se lo terminaba comiendo Alejandro, era un loco aquél, un pibe buenísimo", describe Néstor.

De vez en cuando, Miga compartía la locura por el fútbol y el viaje hasta la cancha con Pablo "Cholo" Blesa. Se conocieron por destino en la intersección entre dos calles, después de un Boca- Independiente. Un día, el Cholo quedó frente a frente con otros dos que no conocía. Tenía entre quince y dieciséis años. Comenzaron a caminar por el diagonal 80, y charlando, llegaron hasta Plaza San Martín. Era de noche. Siguieron los tres por la

calle 51 hasta que se detuvieron en un quiosquito por cigarrillos sueltos. El Cholo los observó, pensaba que eran más grandes que él y que nunca los había visto.

-¿Fumás?- le preguntó el más chiquito

-No- respondió.

Siguieron caminando hasta detenerse finalmente en un puesto de panchos. El más chiquito sacó todas las monedas que tenía, las contó y lo invitó.

-No, gracias, no laburo, no tengo plata- le dijo el Cholo.

-No puede ser que no comas- insistió.

El Cholo no respondió; recuerda de memoria al petizo colgado del mostrador pidiendo tres panchos. Comieron, y salieron caminando por 51 hasta llegar a Plaza Moreno; los tres cruzaron hasta 14 en dirección a 60, para luego despedirse en algunos metros más. El petizo, el que sacó las monedas y compró el pancho, era Miguel.

Hacia once años que Boca no salía campeón. Una intensa lluvia empapaba la Bombonera ese 9 de julio de 1991. El árbitro Francisco "Pancho" Lamolina, con paraguas en mano, verificó el estado del campo de juego, y confirmó la disputa del encuentro. El Boca de Óscar Washington Tabaré, y el Newell's de Marcelo "el loco" Bielsa, llegaban al duelo con algunas bajas importantes en sus formaciones. El Xeneize descontaba a Gabriel Batistuta

nes. Sin embargo, la plata no alcanzaba en la casa de 123. Jorge recuerda esos años duros en los que Miguel se rebuscaba para hacer alguna changuita y limpiaba vidrios en cualquier parte para ayudar a Rosa y su familia. De vez en cuando Miga le manguaba unos pesitos para poder ir a la cancha.

-No te puedo dar plata, soy hincha de River- desafiaba Jorge.

-Vos no te das cuenta, pero sos hincha de Boca, mira la onda que tenés.

Miga era futbolero desde la panza. Viajaba vagabundo colgado de los trenes, le tiraba el ruido, y el tiempo entre la gente. Ese 9 de julio se quedó con un Boca sin trofeo y sin gloria, pero como a cualquier otro hincha no le importó. Esperaría de nuevo la lluvia de banderas y papel picado, y el tiempo para viajar colado en el techo de algún vagón.

-¿Qué pasa Miga, te despertaste?- soltó un amigo mientras se despezaba.

-Me quiero morir, mirá la fiesta que me perdí- le contestó apenado.

Jorge llegó al mediodía para limpiar la suciedad de la noche anterior. "Abrí la puerta y la casa estaba brillante. Le dio tanta bronca haberse quedado dormido que limpió todo, se puso una penitencia", desmembró. La última vez que lo vio fue el 11 de agosto, el día de su cumpleaños.

Rosa cuenta que Miga solía ir a la casa de 123 cuando tenía problemas de dinero aunque no aceptaba la mercadería que su madre le ofrecía para que se llevase a 69. Recuerda el día que Miguel llegó en su bicicleta y le contó que se le había roto el calefón eléctrico.

-Yo te compro uno- le ofreció Rosa

-No, enfatizó Miguel- Nosotros somos muchos, lo vamos a comprar entre todos.

Rosa y Néstor discutían a menudo. Él no quería que su esposa lo malcriara como a un chico, y se enojaba con ella. Néstor solía visitarlo más seguido. Cuenta que nunca faltaba alguna "minita" que se hospedase en la casa por unos varios días. Se encontraba siempre con alguno de los jóvenes tocando el bajo o la batería, o en

IV

La casa de 69

En 1991 y con veintiún años, Miguel se fue de su casa. Siempre iba y volvía o dormía en lo de algún amigo, y la tirante relación con Néstor repercutía y agudizaba el malestar en la familia. Una tarde Miga llegó a su casa de 123 y se llevó su cama. Los últimos meses había buscado con sus amigos un hogar para vivir. Dieron con una casa abandonada en 69 entre 1 y 115, que tiempo atrás había sido ocupada por un grupo de inmigrantes peruanos. En 1992 se instaló allí junto a Carlos "Chino" Vázquez, y José "El Mono" Barrera.

El PH de 69 estaba dividido en varios segmentos. Miguel vivía en departamento 2, al que se llegaba por un pasillo largo que se topaba con una puerta de chapa de dos hojas, cerrada con una cadena con candado. El ingreso era a un patio viejo que comunicaba a otros ambientes de la casa, dos habitaciones, la cocida y el comedor. Era una casa antigua, tipo chorizo. El último en mudarse fue Quique, a quien se le había terminado el contrato en un departamento ubicado en 1 y 40, que compartía con Adrián y otros dos jóvenes más, también de Viedma. Ellos cuatro residían de forma permanente, y se definían

como un grupo “consolidado”.

Antes de mudarse, Miguel y Quique le pidieron un contacto a una compañera de la Escuela que trabajaba en la Defensoría de Pobres y Ausentes, para que la estadía en 69 alcanzara cierta legalidad. El grupo de amigos se había comprometido al mantenimiento interno, y al pago de impuestos.

En la “casa tomada” la gente rotaba todo el tiempo. Los pasillos se colmaban de bicicletas, y a menudo se organizaban fiestas nocturnas con la excusa de alguna celebración. En uno de esos festejos, Miguel conoció a Carolina.

Una noche de invierno, los amigos decidieron hacerle una fiesta sorpresa a Jorge, que se iría a vivir con Antonia, su novia, el próximo septiembre. La casa estaba llena de globos, afiches, y la música se escuchaba por todos lados. Miguel llegó a la fiesta a la diez de la noche, y comenzó a tomar varias copas de vino. A la una de la madrugada y en pleno esplendor del festejo, se quedó plenamente dormido. Jorge, sin suerte, intentó despertarlo durante toda la noche: “Miguel ¡Esto está buenísimo!”, le decía. Al otro día, Miga fue el primero en despertarse. Los pisos estaban manchados y las paredes salpicadas; había botellas de cerveza y colillas de cigarrillos por todos los rincones.

pleno ensayo de toda la banda. Chempes 69, como la denominaron, tenía una fuerte influencia punk. Sus letras eran el fiel reflejo de las andanzas que flotaban por la casa, y la crítica a las políticas neoliberales que pregonaba el mandato del ex presidente Carlos Menem. La banda se inició con el Chino y su hermano apodado “Choza”, que tocaba la guitarra. Más tarde, se sumó el bajista Charly Ríos, quien llevó a la casa de 69 a su amigo José Fraire, guitarrista y compositor. Miguel cantaba.

Fraire era hijo de desaparecidos y había estado exiliado en Suecia con su familia. Los suecos llamaban “Chempes” a Mario Alberto Kempes (jugador del seleccionado nacional y goleador en el Mundial 78), que significa “luchador”. La errónea pronunciación y la asociación de la calle donde se encontraba la casa, refugio de los ensayos, le dio el nombre a la banda.

Chempes 69 debutó oficialmente en enero de 1993, en un bar que funcionaba en 7 y 47. Luego de la respuesta favorable del público, la banda tuvo cuatro presentaciones más, siendo la última en junio de ese año en Zeppelin. Una de las letras de su inventario, tenía como estribillo “(...) Hay que matar al presidente”.

Néstor estaba preocupado por el ambiente que frecuentaban sus dos hijos mayores. En una de sus visitas a 69 le

V

¿DÓNDE ESTÁ MIGUEL?

La tarde del 17 de agosto de 1993, Carolina bajó del micro que la traía de Mar del Plata. Tenía el pelo atado y unos pantalones Oxford, que impedían ver el paso de sus zapatillas gastadas. Le pareció extraño que Miguel no estuviese esperándola en la terminal. "Yo te voy a buscar", le había jurado días atrás, al teléfono que solía pedir prestado a su vecina. Caminó lánguidamente unos metros, apoyó el bolso en el cemento, y se cubrió el cuerpo para sosegar el frío. Fue a su búsqueda hasta la casa de 69, donde la recibió el Chino, quien le dijo que Miguel había partido hacia Magdalena para cuidar la casa de Lorena Bakker y Santiago Binetti, una pareja amiga del mayor de los Bru, que se encontraba de viaje en el interior de la provincia de Buenos Aires, y que meses atrás se había mudado a una casa prestada de la localidad de Bartolomé Bavio. Carolina convenció al Chino para que la acompañara. Comenzaba a oscurecer y el camino era largo para ir sola.

Cuando llegaron al barrio Los Naranjos eran cerca de las diez de la noche. Encontraron la casa oscura, cenizas

preguntó a Guillermo si se drogaban: "fumamos porro a veces", le respondió. Néstor se enfureció. Comenzó a gritarles, y hasta los acusó de "faloperos"; después se arrepintió. Hoy no sólo recuerda con gracia aquella escena, sino que además asegura que de repetirse reaccionaría diferente.

Miguel vivió dos años en la "casa tomada". Se repartía los días entre changas callejeras y cursadas, aunque siempre se hacía tiempo para compartir horas con sus amigos. De los cuatro hermanos, Guillermo era el que más lo visitaba; había formado una estrecha relación con los amigos de Miga, y hasta solía pasar varios días en 69.

La noche del 13 de abril de 1993 Miguel había salido de la casa. Quique, el Chino, el Mono y Carolina lo estaban esperando en la vereda, cuando un Chevrolet Chevy azul viejo se detuvo rozando el cordón. Bajaron del vehículo con un arma en la mano, el sargento Justo "El negro" López, y el subcomisario Walter Ábrigo, este último, jefe del servicio de calle de la Comisaría 9na de La Plata. "Pónganse contra la pared", les exigió López a los gritos, y comenzó a palparles el cuerpo. Los policías acusaban a los jóvenes por un robo al quiosco de la esquina, 1 y 115, que nunca existió.

-¿Dónde está la guita?- repetían.

-No tenemos plata, no tenemos nada- gritó el Mono asustado. Un mes atrás, López y Ábrigo habían realizado otro allanamiento en la casa de 69, con la excusa de que los vecinos denunciaban ruidos molestos. No se supo quién fue el denunciante, y la Policía nunca reconoció estos hechos. Lo más sofisticado que había en la casa tomada era una batería y un televisor viejo. Buscando algo para incriminarlos, consumaron el segundo allanamiento ilegal, a pesar de la resistencia de Barrera, el Mono, a quien López le puso la 9mm en la cabeza y lo arrojó contra la pared, ante el pedido de si tenía una orden de allanamiento para ingresar en la morada. Luego del procedimiento, y sin pruebas incriminatorias, los detuvieron en la Comisaría 9na, donde permanecieron unas horas.

Entrada la madrugada, Miguel apareció en la seccional con ropa, comida y cigarrillos para sus amigos. Estaba enojado y angustiado por no haber estado presente durante el hostigamiento policial. Ese mismo día, Miguel denunció al servicio de calle de la Comisaría 9na por "allanamiento ilegal y abuso de autoridad" ante la Fiscalía de Cámaras de La Plata. Durante las próximas semanas, fue perseguido y amenazado por López y Ábrigo, contra quienes había realizado la denuncia.

"Dejate de joder nene porque vas a ser boleta".

encendidas, una olla con restos de guiso dada vuelta, y la puerta trasera entreabierta. Pensaron que Miguel andaría por ahí como era de costumbre, y que en cualquier momento regresaría. La casilla estaba muy ordenada para sorpresa de Carolina, quien se acercó con jolgorio al Chino y le dijo: "¿Qué le pasó a Miguel que ahora tiene todo ordenado?". Era el más desordenado de los cinco hermanos, jamás tendría la ropa ordenada, y menos extendida en una silla. Esperaron varias horas más, hasta que entró la madrugada y decidieron pasar la noche allí. Al otro día, indagaron la zona ribereña. El Chino dijo que a Miguel le gustaba ir a pescar. Sin ninguna suerte decidieron regresar a La Plata, para dar aviso a Guillermo, quien al otro día volvió al lugar con Carolina. Allí tropezaron con un lugareño, que les advirtió que había un camino que se dirigía al río.

- ¿A quién buscan?- preguntó el paisano

- A Miguel, un chico peladito- acotó Guillermo.

- Pasó para allá en bicicleta y no volvió más- indicó señalando el sendero en dirección al río.

Se trataba de Raúl Rojas, un puestero que vendía carnada y abastecía a pescadores del lugar. Vivía en una casilla montada en un micro, y subsistía vendiendo pescado. Tiempo después, confesó haber visto a Miguel

la había visitado antes de emprender su estadía en Bavio. Esa noche, cenó y tomó una ducha en su casa, después de un largo día de recorrida en bicicleta junto a sus dos perros. Rosa le dio ropa limpia y unos zapatos nuevos que le habían regalado a Guillermo y le quedaban grandes. Su madre lo notó preocupado y le pidió que se quedara a dormir. Le contó que no solía ir a 69 porque la Policía pasaba seguido, e insinuó tener miedo. Miguel lo presentía; los últimos días evitó dormir en la casa tomada, y cuando lo hacía, se encargaba de apagar todas las luces.

Aún con la esperanza de que Miguel apareciera, Rosa le pidió a Guillermo que hiciera la denuncia. La hizo en la Comisaría 4ta donde trabajaba Néstor, pero sin alcanzar la suerte lo derivaron a la seccional 3ª de El Carmen, donde le dijeron que por jurisdicción debía presentar la denuncia en el destacamento policial de Bavio. Guillermo volvió a su casa, y con un cartelito pegado en la heladera, le comunicó a su madre que no querían aceptarle la denuncia. Al otro día, Rosa deambuló de seccional en seccional, buscando que alguien haga algo por su hijo. Finalmente, le aceptaron la denuncia en la comisaría de Villa Argüello. Néstor pidió prestado un vehículo Falcon a su vecino porque el Citroën de la familia era viejo y no llegaría

dirigirse hacia el río el martes 17 de agosto a las 14 horas. Carolina y Guillermo marcharon hasta el arroyo Zapata, a un kilómetro de Magdalena y tomaron la calzada sobre la Ruta 11. La carretera estaba colmada de arbustos, plantas y árboles añosos que convivían entre ciervos, carpinchos y cerdos advertidos por la caza del hombre. El ripio y las pequeñas lagunas originadas por las frecuentes lluvias, impedían el paso ligero de los pescadores y cazadores, que debían abandonar sus vehículos y caminar unos ochocientos metros para dar con la ribera. Rastrearón el camino esquivando el barro, saltando alambrados y escapando de la corrida de una vaca en plena búsqueda de algún follaje. A unos metros del almacén del paisano, encontraron medias, un bóxer, un suéter beige y la bicicleta de Miguel. Confundidos, emprendieron el regreso por el mismo camino, cuando se toparon nuevamente con Rojas. -¿Cuánto hace que pasó Miguel en la bicicleta?- deslizó Guillermo desconcertado. - Hace como dos días; no salió más, me parece que se metió en el río- objetó Rojas con extraña seguridad. El 20 de agosto, y tras dos días de búsqueda, decidieron volver a Berisso para contarles a Rosa y Néstor que Miguel no aparecía. Durante el camino pensaron en todos los lugares posibles a los que Miga podría haber

ido. Guillermo se había ausentado la noche anterior sin avisar a su madre. La catarata de reproches, sólo se detuvo ante grito desesperado de su hijo.

- ¡Mami, te estoy diciendo que Miguel no está!

Rosa enmudeció. Intentó – por segundos- despojar la preocupación, mientras Guillermo procuró paliar los nervios de su madre y arrojó la posibilidad de que se hubiese quedado dormido en el monte.

-¿Ustedes están preocupados por este loquito? Ya va a aparecer- minimizó Néstor.

- Es raro que no avise- prosiguió Rosa perturbada

- Quedate tranquila que en cualquier momento te llama desde Croacia- ironizó.

Ese día, el matrimonio Bru regresaba del casamiento de unos vecinos, ofendidos por la ausencia sin aviso de Guillermo durante la noche anterior. Sabían que su hijo mayor estaba en el campo, cuidando la casa de Lorena y Santiago, y que estaría esperando a Carolina, tras su regreso de Mar del Plata. Semanas atrás, Miga le había pedido a Guillermo que no le dijera a nadie que estaba en Bavio, se sentía perseguido por la Policía. Inmediatamente Rosa supo que algo andaba mal.

El 14 de agosto fue el último día que Rosa lo vio. Miguel

hasta el río. Durante esos días, hubo una importante bajante en Punta Blanca; Néstor dio con el paradero de dos hombres, que estaban pescando en Magdalena, y decidieron ir hacia esa zona por falta de éxito. Los pescadores le contaron que cuando ingresaron por el camino angosto que los acercaba al río, observaron un vehículo grande, color oscuro, y una bicicleta arrojada a unos veinte metros, que pensaron en cargar a la vuelta si aún permanecía allí. Como la bajante en Punta Blanca era igual que en Magdalena, decidieron reanudar el camino a casa. En el regreso, ya no estaban ni el auto ni la bicicleta. Recordaron haber visto a dos hombres de musculatura grande y con barba candado, descripción que unos años más tarde, permitió distinguir a los suboficiales Justo López y a Marcelo Fabián Agostini frente a la Justicia. También se supo luego que el auto oscuro era el Chevrolet color azul de López.

Una semana después de la desaparición de Miguel, la Policía inició un rastillaje en Punta Blanca, luego de los reiterados pedidos de Rosa y su familia en las oficinas del entonces Jefe de la Policía Bonaerense, Pedro Klodczyk. "El Polaco", como lo apodaban, era el titular de "La Maldita Policía", vinculada con el tráfico de drogas, piratas del asfalto, coimas por prostitución, desapariciones, el asesinato del periodista José Luis

mañana. Dijo que se dirigía al sur, y que su abogado tenía todos sus papeles y sus datos. Rosa asegura que Rojas y su mujer, fueron testigos de la noche en que se llevaron a Miguel.

Los siguientes pasos en la investigación fueron escasos. Vara intentó desligar la intervención de la Policía en el caso. Mientras la causa subsistía sujeta a otros miles de expedientes encajonados en la Fiscalía, Rosa sufrió amenazas en varias oportunidades. Una calurosa tarde de enero, llamaron a su casa desde una Penitenciaría a cobro revertido.

-¿Hola?- dijo tímidamente Rosa

-Tenés una granada en tu casa. Ábrigo- se escuchó del otro lado del teléfono.

Rosa no temió, aunque se esforzó para mantener la calma. "Decime ¿Dónde está Miguel?", le respondió, mientras una voz grave le contaba los segundos que restaban para la explosión. "Decime hijo de puta, decime ¿Cuánto tardaste en matarlo? Si vos decís que me quedan segundos de vida, decime ¿Dónde está? y puedo morir en paz". La comunicación se cortó. Comenzaba la lucha incansable de Rosa, su familia, y los amigos de Miguel.

Cabezas y el atentado en la AMIA. Involucrada en atrocidades y casos de corrupción como el de Miguel o el de Cristian Campos, secuestrado, asesinado y quemado por policías en Mar del Plata, o el de Andrés Núñez, el albañil que también desapareció y que fue encontrado cinco años después, incinerado, en un campo de un familiar del comisario Mario Rodríguez en General Belgrano. También de la llamada Masacre de Wilde, el triple asesinato en el que confundieron a un remisero y dos pasajeros con un recaudador de coimas policiales, al que perseguían por un dinero no devuelto, y una serie incalculable de escándalos, como el del hijo predilecto de Klodczyk, Juan Ribelli, quien dejaba en libertad a delincuentes a cambio de eventuales pagos.

Carolina conserva la imagen grabada del día que sintió que Miguel no estaba vivo. Había acompañado a Rosa al despacho de Klodczyk, quien sin alternativa, tuvo que atenderlas; recuerda haberlo descripto como un hombre "enorme y grandote". Rosa se levantó de la silla, se plantó frente a él, lo apuntó con su dedo índice y le advirtió: "Usted es el responsable de la vida de mi hijo". La actitud desmedida de Klodczyk frente a aquél reclamo de Rosa, reparó en la aberrante certeza de Carolina: Miguel no volvería.

En septiembre el expediente de la causa, llegó a las manos de Amílcar Benigno Vara, a cargo del Juzgado en lo Criminal y Correccional N 7 de La Plata, que cinco años después sería destituido de su cargo, culpable por encubrimiento, prevaricato, abuso de autoridad y violación de los derechos de funcionario público en veintisiete causas judiciales. Durante ese juicio, que fue presenciado por Rosa y Néstor, Vara intentó que lo declararan inhábil mental, para evitar ser destituido. La causa caratulada “Shoenfeld de Bru, Rosa; Bru, Néstor, denuncian desaparición de persona”, quedó bajo la intervención del titular de la Fiscalía N 1, Octavio Sequeiros.

Durante la investigación, Rosa se encargó de seguirle los pasos a Rojas, el puestero de la zona donde había desaparecido Miguel. En varias oportunidades, fue citado a declarar por el juez, aunque sus audiencias siempre se dilataron. El 17 de agosto de 1995, y ante los reiterados reclamos de Rosa, la Policía realizó un nuevo rastillaje en la zona donde permanecía Rojas con su casilla vendiendo pescado. Esa vez sólo fue Néstor con la Policía. Cuando llegaron al lugar, Rojas ya no estaba. Se había llevado su casilla a Comodoro Rivadavia, donde estarían esperándolo su mujer y su hijo Alejo. Lo detuvieron pasando Bahía Blanca a las dos y media de la

En mayo de 1999, seis años después de la desaparición de Miguel, se realizó el juicio oral en el que fueron condenados cuatro policías: a prisión perpetua el subcomisario Walter Ábrigo y el suboficial Justo López; a dos años el Comisario Juan Domingo Ojeda, a cargo de la Comisaría 9na aquel 17 de agosto de 1993, por “torturas posibilitadas por negligencia”; y el suboficial Ramón Ceresetto por fraguar el libro de guardia. Ninguno de los cuatro, sin embargo, dijo la verdad acerca de lo sucedido esa noche.

La causa, que contempló un total de 34 rastrijajes- todos infructuosos- comenzó a avanzar en 1994, cuando apareció el testimonio de Celia Giménez, una prostituta que frecuentaba la calle 1, cerca de la casa de 69, razón por la cual conocía a Miguel. La evidencia de Giménez fue clave para esclarecer la red de encubrimiento, donde estaba involucrado el entonces juez de la causa Amílcar Vara, que fue destituido por complicidad con la Policía y separado del caso. La investigación siguió en manos del juez Ricardo Szelagowski.

Celia tenía un medio hermano, Horacio “El Negro” Suazo, que estaba preso la noche que ingresaron a Miguel en la comisaría 9ª. La mañana del 18 de agosto, la mujer fue a visitarlo, y durante la charla, Suazo le contó que la noche anterior habían golpeado ferozmente

todos los rostros, de escuchar su voz en todas las voces. La fuerza de Rosa es inquebrantable, en su metro y medio encierra 20 años de dolor que los convierte cada día en su impulso motor. Desde la Asociación Miguel Bru brinda apoyo desinteresado a las familias que padecen lo mismo que ella pasó con su hijo, la violencia del aparato represivo del Estado. La Asociación Civil Miguel Bru (AMB) comenzó siendo la Comisión de Familiares, Amigos y Compañeros de Miguel Bru, nombre que utilizaban para firmar en conjunto los primeros panfletos. Luego se institucionalizó siendo la figura principal Rosa Schonfeld.

Frecuentemente se la puede ver cortando la avenida 7 frente a Fiscalía, reclamando por algún pibe que mató la Policía, llamando a los medios de comunicación que la conocen para que difundan el caso. El compromiso y la convicción de Rosa no conocen el paso del tiempo.

Algunas mañanas, con su rostro rasgado y su mirada transparente, Rosa se sienta en la oficina de la AMB, ubicada en el quinto piso de un edificio de la calle 46 y el teléfono suena incesantemente. Son madres desesperadas: "Me dijeron que usted me puede ayudar, la Policía me entregó a mi hijo muerto. Me dijeron que se colgó en la celda", automáticamente agarra papel, lápiz y comienza la gestión. Rosa nos cuenta que los

a un chico, que entre medio de gritos y vómitos, se había muerto. En esa oportunidad, le confesó que el autor del hecho había sido López, con otros más que no logró identificar.

Celia le contó a Rosa todo lo que sabía. En 1999, declaró en el juicio: "Mi hermano me dijo que a Miguel le había dado bolsa (submarino seco) y se les había quedado. Él nombró a López. También me dijo que los vio meter el cuerpo en un auto y que llevaban bidones. 'Nunca lo van a encontrar porque lo quemaron', me dijo". Antes de terminar con su defensa, Celia miró a López y le dijo: "Hacete cargo de lo que hiciste".

Suazo murió en 1994, luego de que Celia declarara por primera vez lo que sabía, en un presunto enfrentamiento con dos oficiales de la Policía de apellidos Camerini y Salto, y el caso permanece aún en etapa de sumario.

Alberto Mauro Martínez, fue otro de los presos que atestiguó en el juicio. Él también estaba detenido la noche que ingresaron a Miguel en la seccional. Vio cómo lo llevaban a la sala donde se torturaba, y luego desmayado y tirado en un pasillo de la comisaría. "Lo llevaron a la sala de radio, le decíamos así porque ponían la radio fuerte para tapar los gritos. Lo tiraron ahí, en un pasillo, con otro preso lo pusimos en una cama de una celda en el fondo, y lo mojamos un poco. Estaba inconsciente.

Después se lo llevaron y no lo volvimos a ver".

Justo López se encuentra cumpliendo la pena de prisión perpetua en Sierra Chica (Córdoba). Se le han concedido 48 horas al mes de salidas transitorias. Walter Ábrigo murió en la cárcel en 2003. La pena del comisario Ojeda venció en enero de 2004, y su habilitación para ejercer cargos públicos en octubre de 2008. Ramón Cereseto también cumplió con su pena, y desde marzo de 2007, quedó habilitado para volver a sus funciones.

El crimen de Miguel, a pesar de las trabas al comienzo de la investigación, logró tener un fallo histórico. Se sentenció a los culpables por tortura seguida de muerte, sin tener la prueba principal que exige un crimen: el cadáver de la víctima.

Su asesinato pudo probarse gracias a pruebas indirectas, como lo fue la pericia caligráfica hecha en el libro de guardia y los testimonios de los que estaban detenidos esa noche en la Comisaría 9na de La Plata.

La lucha de Rosa no terminó con la condena a dos de los culpables sino que acabará cuando encuentren a Miguel. En esa lucha incansable, se encontró con cientos de madres que comparten la misma agonía. La agonía de esperar eternamente a un hijo, de buscar su rostro en

abogados que trabajan con ella, lo hacen ad-honorem, hoy están sobrepasados de trabajo. Según datos de la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI), desde la vuelta de la democracia hasta la actualidad, las fuerzas de seguridad asesinaron a más de 3800 personas y desaparecieron a más de 200, y se llevan la vida de un pibe cada 28 horas. Todos los días hay un nuevo Miguel.

Desde la apertura democrática hasta hoy, 3800 son los muertos por el gatillo fácil y la tortura. Actualmente hay 207 desaparecidos y la mayoría de los casos reúnen patrones similares a los de Miguel.

Las víctimas se enfrentan a la Policía, por medio de la denuncia o negándose a hacer tal o cual cosa que les pidan. Como respuesta a esa negativa reciben represalias. Muchos son de clase baja y viven en las zonas alejadas a los grandes centros urbanos. Las investigaciones generalmente quedan a cargo de la propia policía con jueces y fiscales cómplices del accionar policial, que hacen todo lo posible para entorpecerlas.

No sólo se encargan de ensuciar la investigación, sino que intentan instalar el famoso resabio de la dictadura

haberse despertado de la siesta, se sumó a la charla pero sin decir una palabra. Ese día no era como cualquier otro.

Detrás nuestro, Néstor y Guillermo se encargaban de llevar lo necesario para montar una parrilla en la esquina de la 9na para hacer choripanes durante la vigilia. El teléfono de Rosa no paraba de sonar, mientras corría a los nietos para que se vistieran y chequeaba que todo estuviese en orden. Que nadie llegara tarde.

Las agujas del reloj estaban por marcar el horario para emprender camino hacia una vigilia que sería especial, por cumplirse 20 años que no parecían haber pasado. Y nosotras íbamos a estar ahí.

A penas nos acercamos a la esquina de 5 y 59, lo primero que nuestros ojos alcanzan a ver es un pasacalle negro donde se puede leer en letras blancas: "¿Dónde está Miguel?".

La puerta de la comisaría de a poco se va poblando no sólo de estudiantes de Periodismo y diferentes agrupaciones, sino también de profesores, amigos, militantes y familiares de Miguel.

El escenario no ha sido armado aún, pero la radio abierta instalada justo en la puerta de la comisaría, nos anuncia la presencia de bandas que tocarán al llegar la madrugada. Rosa, entre notas de canales de televisión y reporteros de diarios no sólo locales, se toma un tiempo para mirar

"por algo será", "en algo andaba". Con el paso del tiempo, las causas terminan cajoneadas, víctimas de una justicia para unos pocos.

Los casos que logran hacer eco en los grandes medios fueron gracias a la lucha incansable de las familias de las víctimas. La burocracia judicial apela al desgaste, pero ni todas las puertas cerradas del mundo pueden apagar la sed de verdad, de saber qué pasó con su hijo, con su hermano. No sólo no saben dónde está, si no tampoco saben qué pasó. Guillermo, hermano de Miguel, se lamenta porque el único lugar en el que puede dejarle una flor a su hermano es la comisaría 9na.

El abandono que padecen estas causas por parte del Poder Judicial empuja a las madres y familias a tener que acampar en la comisaría o en el destacamento donde se vio por última vez a su hijo para que sus pedidos de avances en la investigación o cambios en las carátulas sean oídos, como fue el caso de los familiares de Iván Torres y de Luciano Arruga.

El desaparecido termina siéndolo dos veces, ya que en primera instancia el desaparecedor elimina cualquier rastro y luego sufre la invisibilización de los grandes medios y de la Justicia.

20 años, la lucha continúa

Aquel 17 de agosto no era un aniversario más. Se cumplían 20 años de la desaparición de Miguel Bru y nosotras lo vivíamos esta vez, desde la intimidad de la familia. Ese sábado habíamos pautado una entrevista con las mellizas Paola y Silvina; sin embargo cuando llegamos la casa estaba revolucionada. Mientras hablábamos con Paola, que no dejaba de cepillarse el pelo aún húmedo por haberse duchado minutos antes de nuestro arribo, apareció Quique. Había llegado esa mañana de Viedma para presenciar la que sería su primera vigilia en 20 años. Sus ojos permanecieron brillosos durante toda la charla, como si una lágrima estuviese por escapar en cualquier momento.

Detrás, en la escena que sucedía mientras en nuestro reporter titilaba la luz roja, la familia corría de un lado al otro, entraban y salían de la casa, los más chicos gritaban jugando y los perros olfateaban a todo el que se les acercara. En una mesa al fondo, las velas con la cara de Miguel impresa en el frente, ya habían sido acomodadas para trasladar en cajas, los carteles encimados uno sobre otro y los estencil junto a la pintura como esperando a aquél que los utilizaría. Después de unos cuantos minutos apareció Silvina, a quien Néstor no dejaba de llamar para que se acercara a la mesa. Algo adormilada por

la placa colocada hace varios años en el frente de la novena. Con un trapito la limpia, vuelve a mirarla y coloca dos ramos de flores junto a ella. Repite una y mil veces que a Miguel no le hubiese gustado que su nombre esté plasmado en una comisaría, pero es el único lugar donde saben que estuvo por última vez, donde pueden dejarle una flor.

Mientras Diana acomoda las velas con la inscripción: "1993 17 de agosto 2013", en la puerta de entrada a la comisaría, su hermana Paola junto a su pareja, imprimen con pintura blanca la cara de su hermano en el asfalto donde ahora comienza a levantarse el escenario.

El frío no impidió que los sobrinos de Miguel, incluso los más pequeños, estuvieran presentes. Joaquín, hijo de Guillermo, ayuda a su abuelo a hacer los choripanes, al mismo tiempo que saca una armónica de su mochila. Con timidez se acerca a la estructura armada sobre calle 5 para entonar las estrofas que dolerán en todos los corazones presentes: "Yo sabía, yo sabía, que a Miguel lo mató la policía". La introducción del Himno Nacional argentino sonó varios minutos después, mientras la muchedumbre se sumía en un silencio desconsolado y los aplausos ayudaban a abrazar el dolor de la familia.

bras que se le oyeron gritar fueron: "¡me muero!"

El cuerpo inmóvil fue conducido hasta un baño, frente a la mirada de los detenidos que osaban asomarse por las pequeñas ventanas de las celdas. Intentaron reanimarlo bajo una regadera pero Miguel ya no mostraba señales de vida. Lo sacaron por un portón trasero de la comisaría, envuelto en una manta. El sonido de arranque de un coche fue lo último que se escuchó.

"¿Cómo se hace para no seguir buscándolo todos los días?", dijo una voz en el parlante, mientras una lámina proyectaba imágenes de las andanzas adolescentes de Miguel, con su Boca querido, y su cigarrillo eterno.

No había manera de que Miguel no estuviese allí. Estaba en todas partes; con aquellos que mantenían el cuerpo cerca del fuego para sosegar el frío; en la radio, en los videos, en las voces. Estaba con su madre y su padre ordenando velas, fotos y carteles. Estaba ahí, charlotando con los suyos, hablando de "la vida", dejándose vivir. Estaba desaparecido y más presente que nunca. Rosa, acompañada por otras madres que también han perdido a sus hijos en manos de la "maldita policía", exige frente a una cámara que ahora le ilumina el rostro en medio de la noche: "Que los larguen antes si me dicen dónde está el cuerpo de mi hijo". Fueron 36 operativos y rastrellajes realizados, y nunca hubo respuesta. "Creía verlo entre la gente, y corría para mirarle la cara. Cuando por fin llegaba, me arrinconaba una nueva desilusión, esa es la figura del desaparecido".

La noche del 17 de agosto de 1993 Miguel Bru ingresó a la Comisaría 9na, luego de ser secuestrado en Bavio por López y Agostini. Su nombre fue registrado en el libro

de guardia por el oficial Ramón Ceresetto.

Según testigos que estaban detenidos aquella noche, desde las celdas pudieron ver cómo lo ingresaban por el pasillo agarrado de los pelos, hasta la celda de contraventores.

En ese momento y ante la feroz golpiza que le estaban propinando los policías del Servicio de Calle, oficial inspector Walter Rubén Abrigo y el sargento Justo José López, los detenidos comenzaron a gritar desde sus celdas para que lo dejaran en paz.

Luego ingresaron al mismo lugar a Carlos Alberto Acuña, quien años después durante el juicio declaró que Miguel “tenía un camperón azul y estaba esposado”. López primero golpeó a Acuña, lo puso de espaldas y siguió con Miguel, con una saña incontrolable que lo llevó a salir de allí advirtiéndole que “todavía no había terminado”.

Minutos después, volvió por él y lo condujo a las patadas, hacia la “sala de comunicaciones”, donde se realizaban las sesiones de tortura ocultas por el volumen de un radio grabador.

Lo sentó en una silla, con sus manos aun esposadas, y comenzó a pegarle en el abdomen hasta dejarlo sin aire, ante la mirada de otros policías que cubrían la escena. Luego pidió una bolsa de nylon. El llamado “submarino seco”, logró dejar a Miguel sin aliento. Las últimas pala-

Nos seguimos preguntando ¿dónde está Miguel?